

5

SOLÓN ARGÜELLO



SOLÓN ARGUELLO

(León: 11 de julio de 1879 — México D. F.: 29 de agosto de 1913)

Solón Argüello fue un hombre de temperamento fogoso y aventurero; emigró de Nicaragua antes de cumplir sus 20 años y se enroló en empresas revolucionarias que resultaban ajenas a la torre de marfil, o sea, al aparente abstencionismo político de los modernistas. Cursó la carrera magisterial y la jurídica. Vivió en El Salvador, donde fundó en 1897 junto con Félix Medina, Modesto Barrios y otros, un colegio privado y el periódico *El Heraldo*; asimismo pasó largas temporadas en Guatemala, los Estados Unidos de Norte América y México, este último país lo considera héroe suyo. Aunque no se sabe con exactitud la fecha de su arribo a México, bien puede fecharse entre 1900 y 1901, pues ya en septiembre de 1902 sus trabajos creativos eran comentados en el seno de la "Sociedad Literaria Manuel Gutiérrez Nájera". El 22 de diciembre de 1905 lució como orador en una fiesta oficial: el aniversario del fusilamiento del general José Mario Morelos y Pavón, que se conmemoraba en San Cristóbal Ecatepec; y por esos mismos días, después de una corta estancia en Nueva York, publicó su primer libro de poemas, *El grito de las islas*, cuyas dedicatorias constituyen un tácito homenaje a los modernistas más representativos de la América hispánica: Justo Sierra, Rubén Darío, Leopoldo Lugones y Amado Nervo. Antes de 1908 la dictadura porfirista lo persiguió en Tepic, donde se había domiciliado, y en compañía de tres destacados elementos de la prensa mexicana: Jesús Urueta, Juan Sánchez Azcona y Heriberto Frías, le siguieron proceso en Guadalajara "por delitos de imprenta". En México sostuvo relaciones con el escritor y diplomático Juan B. Delgado, con los poetas José Juan Tablada y Luis G. Urbina, a quien dedicó el poema "Psiquis", y con el humanista y traductor de latinos, Joaquín

D. Casasús. Amigo además de Enrique Gómez Carrillo, Rafael Heliodoro Valle, Salvador Rueda y Federico Mistral, les dirigió poemas y epístolas. En 1909 salió su segunda obra, *El libro de los símbolos e islas frágiles*, y en 1910 permaneció por unos meses en Jalapa, Veracruz; en estos mismos años colaboraba en *Revista de Revistas*, *Nueva Era*, *La Época*, *El Diario Ilustrado* y *Diario del Hogar*. Compañero y propagandista del presidente Francisco I. Madero, candidato a diputado propietario por el Distrito del Centro del Territorio de Tepic, y miembro de la directiva del Partido Constitucional, participó, entre muchas otras actividades revolucionarias, en la manifestación que en octubre de 1912 pedía la pena máxima para Félix Díaz, quien se acababa de levantar en armas, y el 9 de febrero de 1913, principio de la "Decena Trágica", recorrió la Alameda Central tremolando la bandera y llamando al pueblo a la defensa del orden legal. También en 1913 imprimieron sus *Cosas crueles*. Con disfraz de ferrocarrilero regresó a México a comienzos de agosto del año citado, porque después del asesinato del presidente Madero se había marchado a Nueva York, y venía con el propósito de ajusticiar por su propia mano al usurpador Victoriano Huerta; pero descubierto y capturado el 26 de agosto, fue muerto a tiros la madrugada del 29 en la Estación de Lechería, cuando era conducido en tren a Guadalajara. No obstante de vivir lejos y arduamente, Solón Argüello nunca se desvinculó del movimiento literario de su patria: allí quedan sus colaboraciones en revistas, su inclusión en el *Parnaso nicaragüense*, y su correspondencia, intercambio de libros y dedicatorias con Rubén Darío, Román Mayorga Rivas, Juan de Dios Vanegas y con sus parientes, Santiago y Lino Argüello. Su obra comprende tres poemarios: verso y prosa; dos novelas cortas (*Las dos cruces* y *Blanca tristia*), y dos dramas escolares (*La venganza de un héroe* y *La toma de Churubusco*), que para 1909 estaban ya en prensas, según se lee en la contratapa de su segundo impreso, mas no se sabe si llegaron a circular.

BIBLIOGRAFÍA

Libros de poesía: *El grito de las islas*. México, Tipografía Franco-Mexicana, 1905; *El libro de los símbolos e islas frágiles*. México Imprenta del Gobierno, 1909 y *Cosas crueles*. México, Imprenta Lacaud, 1913.

Antología: *Parnaso nicaragüense*. Barcelona, Editorial Maccí, 1912, compilación de Alberto Ortiz; *Índice de la poesía centroamericana*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941, por Rafael Heliodoro Valle, y *Poesía nicaragüense (Antología)*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948, por María Teresa Sánchez.

Estudios sobre el autor: Jorge Eduardo Arellano, "Solón Argüello modernista y revolucionario", *La Prensa*, Managua, 22 de octubre de 1972.

EL VERSO REBELDE

He de cantar tu dorso lleno de escamas,
sierpe que a Nemrod huye, grácil, de prisa,
zigzag ardiente y rojo como las llamas
y algo sacro, intangible, pan de misa.

Oh! la frase rebelde que a Plectro inflamas
y te esquivas al darle tu gran sonrisa,
sonrisa que cual polvo de oro derramas
en sus nervios do se alza la Pitonisa.

Eres como de Tántalo ansiada fruta
que de los labios corres, cual bestia hirsuta,
cuando insomne seguimos tu egregio paso.

Con tus alas sedeñas, rebelde verso,
te esfumas casquivano, riente y perverso
¡Mientras Febo es cautivo del Rey Ocaso!

(¿1902?)

LAS BRUJAS

Decidme, oh! viejas brujas
Doctoras de los sábados,
ya la buena ventura
o la mala.

Buscaos
en las noches de luna
los más feos y yerbajos,
los que ocultan
lo más raro:
murciélago que fuman
o espeluznantes sapos,
alas negras difuntas
de buhos malhadados,
y víboras que ondulan:
todo bicho que de asco,
oh! las brujas,
Doctoras de los sábados.

Y en marmitas que gruñan,
y en hordillas de barro
echad la grasa inmunda
que os aportan los dragos
desde las sepulturas
de muertos putrefactos,
cuando aúllan
las hienas en el campo.

Y que hiervan, que rujan
tras los conjuros mágicos
y las muñecas que emulan
los gestos demoniacos,
al culeabrear columnas

de fuego y humo fátuos,
 que en la gruta
dicen futuros casos,
 oh! las brujas
Doctoras de los sábados.

Y haced que merjan unas
 sombas, colmillos largos,
 y que surjan
 fieros diablos
 que en nocturnas
asambleas de pálidos
me digan la ventura
que reservan los hados,
 oh! las brujas
Doctoras de los sábados.

—*Crac crec croc.*

Gato negro, maúlla.

—*Crac crec croc.*

Perro flébil, aúlla,

croc croc.

—Que en nocturnas
asambleas de pálidos
me digan la ventura
que reservan los hados
 oh! las brujas
doctoras de los sábados...

—¿Qué faz de la Luna buscas?

crac crec croc.

—La que a Citeres alumbra
 entre las rosas de amor.

¿Aún habrá para mí una...?

—*Crac crec croc*

¿Cuántos años ha tu daño?

—Oh soy viejo! Toqué hoy

vigésimo octavo escaño . . .

—Uf! qué horror!

Humo, sube,

croc, croc, croc

Huye, nube.

(Y alzaron el vuelo las viejas,
 las doctas perversas,
cual parva de Furias famélicas
con gritas y burlas siniestras,
 haciendo mil muecas.
Sus hispidas largas melenas
 tendíanse, negras,
cual luengo penacho de luengas
 humaredas).

Y PROSIGUIÓ EN SU SIGNO . . .

Pasó, lleno de polvo
su traje asaz roído,
con sus viejas sandalias que conocen
cien valles, cien desiertos, mil caminos.

Pasó, con su melena
que desgrenaba el austro,
con su triste mirada pensativa,
que escruta, siempre fija en el arcano.

Pasó, como una sombra,
callado, obscuro, solo,
con sus laxos camellos de tristeza
doloridos. Pasó lleno de polvo . . .

Miró hacia atrás en busca
del ya lejano predio
y aun oyó los reproches que venían
traídos por la parva de los vientos.

Y se bebió sus lágrimas
y prosiguió, en su signo,
con sus viejas sandalias que conocen
cien valles, cien desiertos, mil caminos.

(¿1904?)

AL VER SU ALDEA

Gana Febo el cenit. Lago de llamas,
temblar mírase el éter igniscente
y en el monte monótono y silente,
de la siesta en el horno, arden las ramas.

Contemplando los yermos panoramas,
el sudor a raudales en la frente,
baja, heridas sus plantas, la pendiente
el viajero senil. Cívicos dramas

lo expatriaron —diez lustros peregrino—
y hoy que torna su alma gigantea,
teme yerto caer en el camino;

mas, no obstante que agónico flaquea,
corre alegre, de pronto, como el vino,
al doblar un recodo y ver su aldea.

(¿1904?)

LA LÍNEA AZUL

Y fue en la proa del barco,
y en noche, gárrula en luz,
do escuché a la inocente niña enferma:
—Di, mi bien, qué es aquella línea azul?

El inviolado horizonte,
puente del viaje eternal,
miraba ella al hacer sobre de mi hombro
su paciente cabeza reposar.

Y, abejeando mi beso
su pálida boca en flor,
la dije: —Es el propileo do se juntan
las almas que desliga el Sino atroz.

Hoy en la proa del barco
vuelvo solo . . . ; y a la luz
de los astros, contemplo el infinito
y la busco en aquella línea azul . . .

(1905)

NO PASA NINGÚN VUELO

Como impaciente carne de mujer, la cuartilla;
el lápiz, suspendido, como interrogación;
y en la siniestra mano la pálida mejilla . . .
No pasa ningún vuelo de águila o alción.

Oh! mi Nemrod insomne que por doquier escruta
con rifle arcaico y noble de lívido cañón;
mas bajo el cielo autócrata sobre la tierra hirsuta
no pasa ningún vuelo de águila o alción.

El bosque duerme y gruñe. La siesta dice cosas
que —antiguos estribillos— simulan oración;
y en tanto que en la ciénaga son mil las mariposas . . .
no pasa ningún vuelo de águila o alción.

(¿1908?)

LA MÚSICA DEL BARRIO

Yo amo la música, yo amo
la música del pobre
organillo del barrio;
la voz de esas almas quejumbrosas
que imploran con lúgubres halagos
un pan para el artista,
un vino, o un harapo.

Yo amo la música, yo amo
la música del pobre
bohémio que cruza cabizbajo
las calles de la aldea,
trayendo bajo el brazo
su caja doliente y melodiosa
que aporta desde un país lejano,
mendigo y ambulante,
ya de plañir cansado.

Al pis de balcones entreabiertos
y viendo hacia arriba, no hace caso
de la nieve que cae
sobre sus hombros flacos,
en tanto que mueve su manubrio
caritriste e impávido.

Yo amo la música, yo amo
esos ritmos enfermos,
sin arte, sin luz, toscos y lánguidos,
como inmensos gemidos
que se alargan elásticos.

Yo amo esos versos de palurdo
que huelen a poblacho
y traen al alma viejas cosas
empolvadas de antaño;
el son de un violín que se lamenta,
heridos tal vez de fiero dardo,
o el de un acordeón cuando solloza
debajo de algún árbol
que es el techo amoroso
de los seres gitanos,
y el lloro que plañe una guitarra
allá en la callejuela
oscura de algún barrio.

Al ir por la senda del vía-crusis
en que voy con mi fardo
de penas, que abruma y ennegrecen
mi dolorido ánimo
a veces, absorto en mi camino,
he detenido el paso
oyendo esas notas gemebundas
que son como el grito hondo y amargo
de todas las miserias
y de todos los llantos
que van por la tierra, peregrinos
sin pan y sin descanso.

Y ebrio de horrisona tristeza,
me he marchado llorando,
volviendo a mi alma viejas cosas
empolvadas de antaño.

JULIO VALLE—CASTILLO

Yo soy también, ¡ay! otro bohemio
sin patria, desterrado,
que va por las aldeas
ofreciendo sus cánticos
y amando la música del pobre
organillo del barrio
que es el eco aflictivo
de un armonioso hermano.